



JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA

2 de febrero, S. I. Catedral Primada

A los 40 días de su nacimiento, siguiendo lo prescrito en la ley mosaica, Jesús fue presentado en el Templo, al mismo tiempo que su Madre realizaba la ceremonia de su purificación. Se trata, por tanto, de una fiesta del Señor y de su Madre. Tanto la presentación y rescate de los primogénitos como la purificación de sus madres no son ceremonias que tengan que ver con un pecado del que haya que purificarse, sino una manera de proclamar que el Señor es el origen de la vida y que ésta es sagrada. Estamos, pues, en los antípodas de la cultura dominante anti vida, que juega con la vida naciente y terminal como si Dios nada tuviera que ver con ella.

Pero en la fiesta del 2 de febrero se trata, además, de la celebración del misterio de la salvación realizado por Cristo, al cual la Virgen estuvo íntimamente unida como Madre del Siervo doliente de Dios, como ejecutora Ella de una misión referida al antiguo Israel y como modelo del nuevo Pueblo de Dios, constantemente probado en la fe y en la esperanza del sufrimiento y por la persecución.

Por eso en Oriente, esta fiesta es conocida como *hypapanté*, término griego que significa "Encuentro". A los 40 días, pues, de su nacimiento se realiza en el Templo el primer encuentro de Jesús con su Pueblo, representado en la persona de Simeón. En la liturgia romana se hace también alusión a este "Encuentro" en la monición del celebrante al inicio, en el Prefacio y en la oración "postcomunión".

Pueblo de Dios y encuentro con Cristo: he aquí la fuerza de nuestra fiesta, pues es posible encontrarnos con Él en el hoy de la Liturgia de la Iglesia y en tantos espacios en los que la presencia del Señor es densa. Pueblo de Dios y Cristo que llama a formar parte de este Pueblo por la iniciación cristiana, pero que lo hace con llamadas a las distintas vocaciones y carismas de los que goza la Iglesia, nuevo Pueblo de Dios. Tal vez por eso, el Papa Juan Pablo II eligió esta fiesta para subrayar ante todo el Pueblo la vocación consagrada en personas concretas, algunas de las cuales están en esta celebración, a las felicitamos y nos unimos a su acción de gracias por su consagración como riqueza de nuestra Iglesia. También queremos estar cerca de sus alegrías y sus penas. Y de sus problemas.

¿Es apreciada la vida de los consagrados y consagradas? Tal vez no es así del todo en la vida de nuestra Iglesia de Toledo. Todos notamos que los consagrados son menos; también los buenos cristianos son menos. Quisiera, por ello, narrar la historia de una flauta: "Yo era solo una caña vacía, sin fruto y sin futuro, en el cañaveral. Un día se acercó el joven pastor hasta la orilla, y me tomó en su mano. Con su navaja fue haciéndome a su medida; cortando lo sobrante, puliendo lo tosco y desabrido; abriéndome agujeros, vaciando mi vacío, dejándome yo hacer al tacto de sus dedos. Y al llevarme a la boca, su aliento llenó mi estéril oquedad de sople de vida y de armonía. Movida la ritmo de sus dedos, soy flauta, su flauta. La que llena de melodías los campos y las tardes, de la alegría el corazón de todos, de sonrisas el alma de los niños y los pobres. Yo solo era una caña, pero estaba llamada siempre a cambiar mi vacío en música, y a ser su flauta".

Esta historia puede reflejar bien el proceso vocacional de los consagrados:

1. Dios se fija en nosotros y nos toma de su mano. La iniciativa corre a su cargo, cuando con frecuencia está la persona sintiendo que está sin fruto o sin futuro, o en situación de encrucijada. Antes de llamarnos, Cristo nos mira con cariño como al joven rico. Si no sentimos posarse la mirada bondadosa de Dios sobre nosotros, nos incapacitamos para responder a su llamada.

2. Pero si nos dejamos hacer al tacto de sus dedos, Él irá puliéndonos hasta hacernos a su medida. Hay que abrir agujeros, hay que vaciar nuestro vacío. Es la fase un poco dolorosa de toda vocación. Pero merece la pena. Hay que dejar –no abandonar- familia, amigos, carreras... Y, sobre todo, hay que dejarse a sí mismo.

3. De repente, notamos que nuestro vacío se ha convertido en vida y armonía. Servimos para algo realmente importante y lleno de belleza. Y, sobre todo, somos suyos: pertenecemos a Dios de un modo especial. Ya no caminamos a la deriva, sin cuna ni patria.

4. Una vocación de especial consagración no se queda encerrada en sí misma. Ni vive solo en intimidad con Dios. Es alegría para el corazón de todos, especialmente de los niños y de los pobres. Cuando uno es más hijo de Dios, se convierte en más hermano de sus hermanos.

Al final ninguna vocación consagrada sucede por casualidad. Desde siempre estábamos llamados a ser flauta en los labios de Dios que ha querido cambiar nuestro vacío en música. Otra lección saco yo de la historia de la flauta: el tema vocacional no es algo marginal o insignificante para la fe y la vida cristiana. Tampoco lo es la vocación de especial consagración. Si el elemento vocacional se deja de lado por el conjunto del Pueblo de Dios, la vida cristiana sufre un recorte y se deteriora. Y ya sabéis qué peligrosos son los recortes. Aquí el rostro del cristianismo se desdibuja, desaparece uno de sus rasgos específicos. El vigor de la vida cristiana padece un serio detrimento, tiende a languidecer y a apagarse. El llamado *invierno vocacional* que padecemos produce no solo preocupación, sino también desaliento; también cansancio provocado por la desproporción entre los esfuerzos y los resultados obtenidos. ¡Hemos puesto ilusión, hemos puesto oración y trabajo y hemos conseguida tan poco!

Sin duda la pastoral vocacional necesita un suplemento de esperanza. Como en la pesca milagrosa, aunque hayamos estado toda la noche bregando, podemos echar de nuevo las redes confiando solo en la Palabra de Dios. Pero quisiera también que nos preguntáramos algunas cosas:

Una primera, dirigida a todos los cristianos toledanos, es: Nuestras comunidades cristianas, ¿son verdaderamente “engendradoras de vida”? Es imposible que surjan vocaciones allí donde no haya comunidades cristianas empeñadas en aspirar seriamente a la santidad, abandonando por ello un cristianismo mediocre. Una comunidad que no vive generosamente según el Evangelio, no puede ser sino una comunidad pobre en vocaciones. También es verdad que las dificultades que padecemos en la pastoral vocacional son la punta del iceberg que manifiesta la necesidad de una auténtica iniciación cristiana a todos los niveles.

Una segunda cuestión quiero sugerir: ¿nos encontramos ante una crisis de vocaciones o ante una crisis también de “vocantes”? Se atribuye al Cardenal Newman una frase sorprendente: “El problema no son los curas que no hay, sino los que hay”. ¿Diría yo también: “el problema no son los consagrados que no hay, sino los que hay?” No me atrevería a afirmarlo, porque también digo que el problema no es que haya menos curas y monjas, por utilizar una expresión corriente, sino que haya menos creyentes a fondo, con voluntad incondicional para responder a Dios, para colaborar con Él, para acoger su gracia y su promesa.

En cualquier caso, estamos aquí para orar también por las vocaciones. Y no olvidamos que debemos igualmente orar para que los hombres y mujeres consagrados sientan como un inmenso don de Dios, honor y gozo, el poder entregar su vida entera al servicio del Evangelio. Santa María de la Presentación, que la luz de Cristo no se apague entre nosotros.